

traría á sus leyes y costumbres patrias. Observábase por éstas entre los pueblos aztecas, que luego que un joven se hallaba en edad núbil, podía, queriendo, tomar mujer sin desposarse con ella, en cuyo caso no estaba obligado á obtener el consentimiento paterno; pero inmediatamente que tenía un hijo en ella, los padres de ésta le requerían para que la hiciese su mujer legítima, ó bien la volviese á su familia, á fin de darle un marido honrado: si se decidía por el primer extremo, se efectuaba el matrimonio, que no tenía otra solemnidad legal que el consentimiento mutuo; mas en caso contrario, los padres de la joven se la llevaban á su casa sin poderse ya unir á otro, sino previa la aprobación paterna, y precisamente en matrimonio: otro tanto sucedía respecto del varón queriendo tomar otra mujer. Estas eran las disposiciones legales de los pueblos antiguos del nuevo continente, en los que por las costumbres era lícito el concubinato. Estas mismas disposiciones eran tan fuertes en lo relativo al adulterio, que á pesar de lo mucho que se economizaba la pena de muerte, tenía lugar en este delito, aplicándose, como siempre que debía hacerse, por el consejo supremo erigido en tribunal y presidido por el rey. No eran, por otra parte, más puras en este particular las costumbres europeas, cuando prohibiéndose á los eclesiásticos el matrimonio á fin de que no se distrajeran del ministerio divino con los negocios familiares, se decía que les estaba permitido el concubinato que toleraron las mismas leyes hasta el Concilio de Trento, que celebrado por los años de quinientos cuarenta y nueve y cincuenta, es decir, veintinueve ó treinta después de la conquista, cortó de raíz este abuso, y los que se cometían á cada paso por la clandestinidad del matrimonio. Además, D<sup>a</sup> Marina hacía alarde de tener un hijo de Cortés, pero lo tuvo antes de haberse ella casado. Lo único que podría deducirse de las expresiones de D<sup>a</sup> Marina es, que no recibió México la religión en toda su pureza y candor, lo que serviría para reprender á los conquistadores, que la transmitieron acompañada de la corrupción europea.

Eran tan íntima la unión de Cortés y D<sup>a</sup> Marina, que de los mismos indios era conocida, y tanto, que le daban el nombre de Malinche (Malintzin,) asegura Castillo, al dirigirle la palabra, lo que equivalía á llamarle capitán de Malintzin. De este modo se expresó Xicotencatl cuando en nombre de la república de Tlaxcallan aceptaba la paz que aquel la ofrecía, y le presentaba el dón de trescientas mujeres que el conquistador rehusó, pretextando que su religión le impedía tener más que una siendo ya casado en España con una señora principal; sin embargo, por no ofenderlos, pudiendo parecer que los desairaba, recibió algunas que le instaron tomara para el servicio de la Malintzin, y además otras que repartió á sus soldados. Los embajadores de Moctezuma, en las diversas embajadas que de este monarca recibió Cortés, le dieron un trato semejante al de Xicotencatl, es decir, le llamaron de la misma manera que este respetable y distinguido senador, y

no de otro modo lo hizo el mismo emperador en todo el tiempo que se comunicaron, que fué hasta su muerte.

No abandonó Cortés á la Malintzin ni en las circunstancias más azarosas. Cuando en el tumulto de los mexicanos quiso que se asomara Moctezuma, á fin de que con su presencia y perorándoles se contuvieran, por obsequiar sus deseos la Malintzin, apareció con intrepidez y serenidad delante del peligro, que fué tal, que el mismo monarca resultó de allí lastimado, y tan gravemente, que á consecuencia de la herida, aunque no como única causa, espiró á muy pocos días. En el ataque que dieron dentro de la capital los mexicanos á los españoles; en la precipitada fuga de éstos de Tenochtitlán, después del fallecimiento del infeliz soberano; en el prolongado sitio de esta misma ciudad, siempre se encontró á D<sup>a</sup> Marina cerca de Cortés, hasta concluida la conquista. La única vez que pudo haberla dejado, así lo exigían las circunstancias, fué cuando tuvo que marchar á combatir á Narvaez; más aun en esta ocasión, á pesar de que como dicen los historiadores, procuró ir á la ligera sin llevar consigo á las mujeres, no se separó por esto de su Marina, como que ella le comunicaba movimiento en todas sus empresas; así que le acompañó en ésta, quedándose á poca distancia con el bagaje en Cempoallan.

Grande fué su gozo cuando después de haber salido de México huyendo de la persecución, y aun antes de haberse restablecido de la fuga, descubrió que había logrado escapar salva Marina. No fué menos el placer que experimentaron los soldados españoles, como lo manifiesta un testigo ocular que representaba en la misma escena. "Olivado me he, dice, de escribir el contento que recibimos de ver viva á nuestra D<sup>a</sup> Luisa, hija de Xicotencatl, y NUESTRA DOÑA MARINA, que las escaparon en las puentes unos de Tlaxcallan, que eran hermanos de D<sup>a</sup> Luisa, que salieron de los primeros, y quedaron muertas todas las demás Navorías que nos habían dado en Tlaxcallan y en México, allí quedaron en las puentes con las demás."

Ni fué menor el regocijo que causó á los mismos indios, pues de los tlaxcaltecas, "¡qué fiesta, dice el mismo autor, y alegría mostraron con D<sup>a</sup> Marina y D<sup>a</sup> Luisa, cuando las vieron en salvamento!"

Concluida la conquista, Cortés casó á D<sup>a</sup> Marina con Juan Xaramillo á quien tocó, en la distribución que se hizo de terrenos, una parte de Xilotepec. Si Xaramillo no fué uno de los capitanes que más se distinguieron porque se ha escrito de él muy poco, no fué por cierto de los que menos parte tomaron en las empresas de Cortés, se halló con éste en sus principales excursiones, y le acompañó en los pasos más arriesgados. Cuando tuvo que combatir á Pánfilo de Narvaez, Xaramillo llevaba el tercero ó cuarto lugar entre los jefes de la vanguardia; en colocación semejante se encontró en la armada dispuesta para el sitio de México; en el viaje á Honduras de Cortés, de que llevo hecha mención, fué en su compañía, y así en otros

encuentros y ataques del célebre capitán. El trato frecuente que la circunstancia de acompañar á Cortés proporcionaba á Xaramillo y D<sup>a</sup> Marina, engendró en ellos el amor que dió por último resultado su matrimonio. Acaso Cortés se habría unido á ella con este vínculo si no lo estuviera de antemano á otra. Parece que con ocasión de haber terminado lo más riesgoso de la conquista, Cortés se vió obligado á hacer venir á Nueva-España de la Habana, á su esposa, y por consecuencia, á suspender el trato ilícito que hasta entonces había tenido con D<sup>a</sup> Marina; de otra suerte quizá no se habría ella casado.

Durante sus relaciones con Cortés y á virtud de ellas tuvo un hijo que se llamó Martín, conservando el apellido de su padre. El rey de España le consideró mucho, y le condecoró con títulos y distinciones honoríficas. De él descienden los duques de Terranova y Monteleone, marqueses del Valle de Oajaca. En la capital y en gran porción de la Nueva-España poseía cuantiosas riquezas, y su casa fué una de las más poderosas del reino: hoy existe radicada en Italia, y á juzgar por el nombre de familia, nadie reconocerá que había tenido por raíz un Cortés, símbolo de la unión de México y España.

Genios turbulentos y maléficos persiguieron á D. Martín algunos años después de la conquista, por sospechas de conspiración; de esta manera correspondían las autoridades del virreinato á los trabajos de Cortés y de D<sup>a</sup> Marina, que aumentaran considerablemente el brillo y la estimación de la corona de Castilla, y que les proporcionaran á ellas mismas un territorio inmenso donde extender su poder. D. Martín, pasado algún tiempo después de esta ocurrencia, en la que sufrió mucho, falleció, no sin dejar antes sucesión.

El último viaje en que parece acompañó D<sup>a</sup> Marina á

Cortés, que fué el que hizo á Honduras, estaba ya casada y sus relaciones con el conquistador habían cambiado de aspecto. Unido éste á su mujer D<sup>a</sup> Juana Suarez, miraba aquélla con afición, es cierto, pero sólo la conservaba su aprecio y un amor puro y sincero. En este viaje se dejaron ver en D<sup>a</sup> Marina una generosidad y una nobleza de espíritu inimitables; no conservaba animosidad contra sus parientes por haberla despojado de sus intereses, y privado de su señorío y del goce de su libertad; se contentó sólo, al verlos, con una ligera reprensión de que ya habló en otra parte, y pidió además que se les conservase en la posesión de sus dominios.

Pasó D<sup>a</sup> Marina con su esposo á la Península, en cuya corte fué tratada como una señora de distinción. Se halló colmada por el soberano, de honores en justa retribución de sus importantes y señalados servicios. No se sabe á punto fijo el año en que dejó de existir; sólo sí, que acaeció en España después de haber brillado como una de las primeras damas de la corte. De su matrimonio, en el que siempre mantuvo una amistad constante y firme hacia su esposo, dejó algunos hijos, á quienes pasó sus títulos, y que fueron el principio de las primeras casas de la Nueva-España, si se exceptúan las de los marqueses, del Valle, la de los Condes de Moctezuma, descendientes del segundo monarca de este nombre, y las de los señores de Ixtlilxochitl, últimos vástagos de la dinastía real de Acolhuacán. Aún hoy existen algunos restos de estas familias, y el nombre de D<sup>a</sup> Marina se conservará indeleble, mientras no se borren del libro de los fastos del mundo los hechos de la conquista de la mejor porción del nuevo hemisferio.—Carlos M. Saavedra.

Diccionario Universal de Historia y Geografía. Apéndice. Tomo II, pág. 772. El Liceo Mexicano, I pág. 37.

---

---

## CAPITULO XXVII.

---

### MOCTEZUMA II.

#### MOCTEZUMA II.

ALGUNOS PORMENORES SOBRE ESTE MONARCA.—SU CORONACIÓN.  
RECIBE Á CORTÉS.



EN la puerta principal de su palacio estaba su escudo de armas, que era el mismo de sus banderas y que han usado después sus descendientes: consistía en una águila arrojándose para hacer presa sobre un tigre.

El tambor de oro que usaba se llamaba, no se sabe por qué razón, Cuahuilocatzoque; la manta de color azul y blanco, xiuhtimatlí; el sello real era una rica piedra que portaba en el brazo, en la cual estaba esculpida la figura de su rostro. Azules eran sus cacles; el color azul era un regio distintivo. Al volver de la guerra cargaba el calabacillo de picietl ó tabaco, que usaban los valientes veteranos.

Desde el año de 1841, uno de nuestros primeros periódicos literarios, el "Mosaico Mexicano," (Tomo V pág. 118) habló de una hacha de armas perteneciente, ó por lo menos atribuida á Moctezuma II.

"Esta hacha militar del Emperador de México, que sería naturalmente el segundo de aquel nombre, al cual cupo la poca envidiable suerte de reinar cuando llegaron á este país los españoles, se dice haber sido recogida y guardada por éstos, cuando se hicieron dueños de esta capital, (de México) y sin duda enviada á España al Emperador Carlos V como una curiosidad apreciable y que vino á ser depositada en una colección de cosas curiosas en el Palacio imperial de Ambras, cerca de Inspruck en el Tirol.

Quando Bonaparte al frente de un Ejército francés invadió aquellos países en 1797, fué aquel gabinete removido á Viena, capital de Austria, en donde ahora forma la colección que tiene por nombre Ambras-Samlung, que es digna de particular atención.

"El hacha dicese ser de basalto de color verde con manchas blancas y se asemeja á las que se encuentran en Ohio y lugares adyacentes. Su mango está formado de una madera dura, y tiene cosa de una vara de largo: en su parte más gruesa hay una muesca en la que estaba la piedra, quedando allí asegurada con vueltas de cordel, del modo que aún se usa en las naciones incultas al Norte de la República para sus armas de hueso y de pedernal."

Los datos publicados por el "Mosaico" han sido confirmados después por nuevos estudios y claros dibujos; la estampa es mala; pero por fortuna para nuestra Arqueología se han publicado por el Sr. Ferdinand von Hochstetter las preciosas reliquias de la Ambraser Sammlung de Viena en 1884, con el título de Ueber mexikanische reliquien aus der zeit Montezuma's in der k.k. Ambraser Sammlung von Ferdinand von & (mit fünf tafeln und einer abbildung in texte—Vien, 1884.)

En esta publicación está bien reproducida la hacha de Moctezuma y el precioso estandarte de pluma, con el nombre de Facherformige Standarte aus der Zeit Montezuman's, la mejor reliquia que existe de este género en Europa.

Estandarte ó resplandor para la cabeza, este valioso artefacto perteneció á Moctezuma y debe figurar entre los objetos de mayor precio de su reinado.

Veamos como se verificó la coronación del último monarca, señor de treinta señores, de á cien mil vasallos, y de tres mil pueblos y lugares de menor importancia.